

FRAY JUAN SE VE OBLIGADO A CAMBIAR EL CONVENTO POR UNA CLINICA

EL MEDICO LE DIJO QUE NO DEBIA PENSAR MAS EN LA VIDA RELIGIOSA

por Marino GOMEZ-SANTOS

Cuando se supo que Mondeño iba a tomar el hábito de dominico en el convento de Caleruega, los reporteros montaron guardia permanentemente en aquellos contornos. Los frailes estaban un poco sustados de lo que allí podría ocurrir.

—¿Y tu qué hacías, entretanto? —No sabía lo que ocurría en el mundo. Estábamos de ejercicios espirituales y en ese tiempo no se habla ni se sale al patio. Pero la víspera de la toma de hábito me dijeron que había un grupo grande de periodistas alrededor del convento que querían entrar. Los padres me preguntaron que qué se hacía; yo respondí lógicamente que lo que ellos quisieran, y que por mí no hicieran excepciones, porque si no era costumbre, no debía de entrar ninguno.

Mondeño se quedó dentro, en la capilla; pero la toma de hábito se tuvo que hacer fuera, por que no se cabía.

—Al subir al altar me impresionó ver más de cien fotógrafos. Antes de la ceremonia bajamos al coro y uno de los periodistas se coló con una máquina debajo de la chaqueta y empezó a tomar fotografías. Yo cerré el libro de oración y el padre Maestro vino enseguida y echó de allí al fotógrafo.

—¿Cuándo has sentido mayor emoción, al recibir la alternativa de matador de toros o en el momento de tomar el hábito de dominico?

—Para mí, tomar el hábito de dominico ha sido algo muy distinto a todo lo demás. ¿Cómo podría explicar? Fue algo más grande, más íntimo, más profundo, mientras que el tomar la alternativa de matador de toros fue una ceremonia brillante, externa, a la vista del público.

LA CELDA DE FRAY JUAN

Había conocido hoteles lujosos lo largo y a lo ancho de sus

viajes por España y América. Al alcance de sus posibilidades tuvo todo cuanto se puede desear, porque un matador de toros con cartel es como un príncipe mimado por cientos de admiradores, entre los que se contaban aquellas familias de Hispanoamérica que daban fiestas en honor de los toreros, para lo cual abrían sus grandes, sus deslumbrantes casas, de par en par.

Juan García (Mondeño), había renunciado a todo y era fray Juan en el convento de Caleruega, donde le habían asignado una modesta celda.

—¿Recuerdas como era tu celda?

—Perfectamente. Tenía una mesa de estudio, una silla, un armario donde yo guardaba los libros y la ropa. También, un perchero donde colgaba el hábito; Y un lavabo. Y un espejo, al lado del cual tenía yo dispuestas mis cosas de afeitarse. Sobre la mesa de noche coloqué las imágenes de San Martín de Porres y de la Virgen de Lourdes, con un crucifijo. La cama tenía colchón Flex y debajo guardaba yo la maleta. ¡Ah!... Detrás de la puerta, una escoba con la que barría mi celda o los pasillos del convento, cuando me tocaba el turno.

—¿No tenías que hacer ninguna otra labor?

—Fregábamos los baños y los aseos una vez por semana cada uno. Y nada más.

EN BUSCA DE LA SALUD PERDIDA

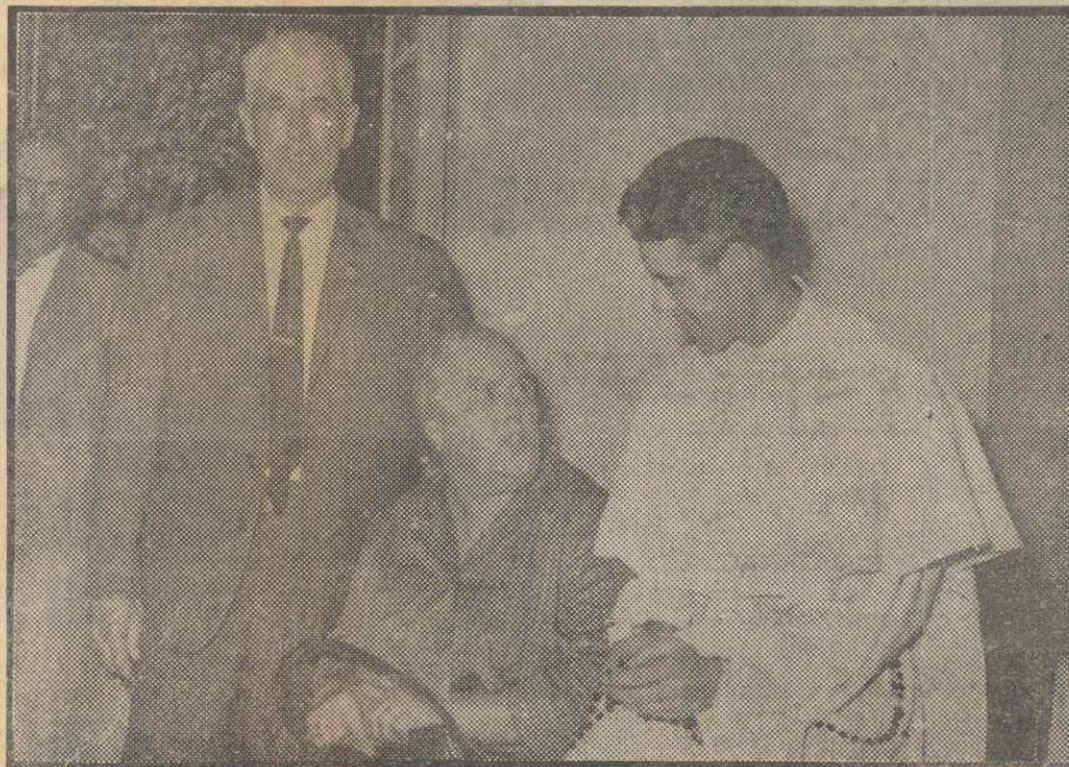
Después de aquella fiebre, y de combatir la pulmonía, fray Juan se encontraba peor de salud y perdió el apetito por completo. Tampoco podía dormir; sus nervios sufrieron una gran perturbación. Los Padres Dominicos se alarmaron y fray Juan fue reconocido y estudiado por un psiquiatra.

—Me indicó un tratamiento,

que seguí fielmente. Al principio parecía que mejoraba; pero cuando el psiquiatra volvió a visitarme a los quince días, mi estado no le inspiró optimismo. Cuando al cabo de una corta temporada me reconoció de nuevo, encontró que no sólo no había mejorado, sino que se agravaba mi estado. Se decidió que fuera a Sevi-

yo debía hacer lo mismo; pero me recomendó mucho que consultara antes con mi padre espiritual.

Cuando fray Juan se repuso de aquella crisis volvió a Roma para dar cuenta de que su salud se había quebrantado, quizás por el estudio, que era muy intenso para él.



Juan García Jiménez (Mondeño) en el convento-noviado de Caleruega, con los hábitos de dominico, acompañado de sus padres. Ya pertenece esta imagen al ayer del torero (Foto Pyresa.)

lla para ingresar en la clínica de éste psiquiatra, como así se hizo.

—¿Cómo te vas de Caleruega? —Con el permiso de los Padres Provincial y Maestro. En la clínica permanecí unos diez días en cura de sueño y con un tratamiento de recuperación muy intenso. Luego me trasladaron a casa de mis padres para que observara un reposo absoluto.

Sus ropas personales, sus libros, todo en absoluto, estaba aún en Caleruega, porque el pensamiento de fray Juan es volver al convento.

—¿Y por qué no has vuelto?

—Porque hubiera recaído de nuevo y la recuperación iba a ser más difícil. Cuando transcurrió un mes y medio, yo no era ni fray Juan ni Mondeño, sino un muchacho cualquiera. Entonces el médico me dijo que no debía pensar más en la vida religiosa. El también había estado siete u ocho años, y al flaquear su salud

—Yo deseaba permanecer como hermano lego; pero en Roma me dijeron que no había problema, que podía ser terciario de la Orden y seguir haciendo labor desde fuera.

VOLVER A EMPEZAR

Desde el momento que se decidió a no volver al convento como fray Juan, se le planteaba un serio problema: ¿Qué hacer? Midió sus posibilidades y meditó mucho el rumbo que iba a tomar en su nueva etapa. De dos cosas sabía algo; el trabajo del campo y el torero. Optó por volver a torrear, que era lo suyo.

—¿Qué reacción te parece a ti que produjo entre los toreros tu toma de hábitos y tu reaparición posterior en los ruedos?

—La reacción de mis compañeros creo que ha sido de simpatía y de cariño. Eso siempre han tenido conmigo. Creo que les impresionó mucho cuando tomé los hábitos. Ellos siempre veían en mí espíritu religioso y la decisión que había tomado fue bien co-

gida por todos. No he dejado de pedir por ellos en todo momento, y sigo pidiendo, aunque no con tanta regularidad, porque la vida particular es distinta a la vida del convento. Los pequeños sacrificios que hacía, como limpiar el suelo, barrer o pasar frío, los ofrecía siempre por ellos. Al volver, algunos empresarios debieron imaginar que volvía a llevarme el dinero por medio de una exclusiva, para dar el «pechugazo» un año, y luego marcharme. Pero se

en tu corrida de reaparición en Marbella?

—Muy bien. Eso fue lo que me alentó a seguir y me dio optimismo. También yo salía de una manera distinta a la plaza. Y la gente se dio cuenta. Porque ahora se que mi porvenir han de ser los toros.

Hay quien dice que el paréntesis de fray Juan le ha favorecido a Mondeño, mientras otros creen lo contrario.

—¿Y a ti que te parece?

—Cuando pensé seriamente que tenía que volver a vestirme de torero fue muy duro para mí. En mi conciencia no estaba eso previsto.

Nos parece violento el que Mondeño confiese de una manera abierta que el aspecto artístico de los toros no le ha interesado y que si se decidió a torrear fue sólo por ganar dinero.

—Pero es cierto. En mí ha podido más la parte económica, el deseo de resolver la vida de mis padres y, de paso, poder dedicarme luego a la vida religiosa.

—¿No torearías por afición solamente, por el gusto de torrear?

A Mondeño le asombra la pregunta y por eso no duda en contestar.

—No, no lo haría. Por caridad, a beneficio de las Hermanitas o para los ancianos, desde luego que sí torearía; pero por gusto, no.

—¿Qué harías por gusto?

—Cazar, caminar, escuchar música o leer; pero torrear, nunca.

Creo que este criterio, brutalmente sincero, se ha expuesto en la prensa española sólo otra vez, por un torero madrileño. Por supuesto que hay otros muchos que torear sólo por el dinero; pero que serían incapaces de decirlo.

—¿Los dominicos de Caleruega han acudido a la plaza para verte torrear después de tu salida del convento?

—Algunos sí han ido; pero para ellos no soy Mondeño, sino fray Juan. En mi última corrida, en Aranda de Duero, fueron dos frailes de Caleruega. Estaban muy contentos y luego me dijeron que no me veían de torero, vestido de luces, sino con mi hábito, y que no podían olvidar mi vida religiosa. Por la tarde fui al convento a merendar con ellos y lo pasamos muy bien. Cada vez que puedo voy a hacerles una visita. Ahora, cuando termine la temporada, quiero volver para permanecer allí unos días de retiro.

A nuestra pregunta sobre sus proyectos para el porvenir, Mondeño nos dice que estos son muy distintos a los que tenía antes, cuando su única ilusión era llegar a ser religioso, porque entonces sólo pensaba en poder dejar la espada y la muleta para entrar en un convento.

—Hoy mi ilusión es formar un hogar.

En el hall del hotel, le esperaba el apoderado Víctor Pérez Herrera «Vito».

—¿Cómo te recibió el público